Emblemata, 19 (2013), pp. 231-240 ISSN 1137-1056

PARA UNA SOCIOLOGÍA DE LAS BANDERAS

Enrique Gastón*

Voy a tratar de responder a tres de las cuestiones de interés científico sobre las banderas: ¿Cómo son?, ¿por qué existen? Y lo que en este caso hace que casi coincidan el por qué y el para qué de las mismas.

Parece haber un consenso universal en que las banderas tienen un carácter simbólico. Que representarían a colectividades institucionalizadas de seres humanos. Que tienen colores y con frecuencia escudos sobre ellas. Que estos colores suelen ser limpios, fáciles de distinguir. Y que están hechas sobre algún soporte, generalmente de tela.

Habría que añadir que tienen la intencionalidad de diferenciarse unas de otras, aunque siguiendo ciertos patrones comunes.

Un ejemplo que está en la naturaleza, y que ya utilizó el teórico canadiense Marshall Mcluhan, en la portada de, *El medio es el masaje*, es el del huevo a la plancha. El huevo frito puede tener puntillas, pero el que hoy se suele hacer, es decir, sin aceite, y en su punto, es una mezcla perfecta de color blanco interrumpido por una mancha casi redonda de un color situado en la escala cromática que va del rojo al amarillo, pasando por el naranja. Siempre que el huevo esté fresco y al echarlo en la plancha o la sartén no se haya roto la yema, la diferenciación de colores es perfecta. Una perfección que se pierde cuando la yema se rompe. Y no digamos si se intenta batir para hacer una tortilla y no se tiene la paciencia de hacerlo del todo, de batirlo completamente. Entonces el color se va difuminando, la simetría se pierde. Ya no hay una diferenciación nítida.

Hay diferencias entre los huevos y una bandera. Estos suelen ser redondos y las banderas rectangulares, aunque no siempre. En la delimitación de las banderas abundan las líneas rectas, no las curvas. Aquí habría una primera connotación: lo recto es menos sensual que lo curvo. Más eficaz en muchos casos, pero menos cariñoso. En la *Epistemología*, de Gastón Bachelard, ya advierte que «lo que es curvo atrae la caricia». No es infrecuente que los banderines, los derivados o, tal vez anteriores, de las banderas grandes sean también rectangulares o intermedios, es decir, redondeados por abajo.

* Profesor Emérito de Sociología, de la Universidad de Zaragoza. Correo electrónico: egaston@unizar.es

Las banderas, en su versión más solemne, no van enmarcadas. Su marco es el cielo abierto. Si se sujetan solo por un lado ondean al viento. El viento da vida a las banderas y las introduce en el caos. Aunque muy parecidas, cada una de las ondas es distinta a la anterior. Lo mismo que sucede a las olas del mar. La tela de las banderas marca la dirección del viento, su dirección y muchas veces su intensidad. Si no hay viento y la sujeción es lateral, la fuerza de la gravedad les hace perder su tersura y caen arrugadas, aunque con cierta regularidad, las arrugas son verticales o inclinadas, y no se suelen interrumpir con otras arrugas horizontales.

Hasta ahora, la bandera se está viendo como significante, no como significado. Como un medio para significar, que iría, siguiendo de nuevo a Mcluhan, entre el mensaje, el masaje, la manipulación y la alienación, sutilezas léxicas que reflejan intensidades. El significado no está todavía en el medio, aunque casi llega a confundirse por la gran cantidad de contenidos latentes que encierra.

El hecho de que las banderas tengan colores indica que habría implicaciones de cada uno de ellos. Las preocupaciones por lo que contiene cada color han existido siempre, aunque el desarrollo del mercado las ha popularizado, a partir de la segunda guerra mundial. Los trabajos de Vance Packard, en Estados Unidos, sobre la importancia de los colores en las ventas de los productos; y los de Abraham Moles sobre su importancia en el contenido de los mensajes icónicos son hoy referentes clásicos, Y no hay ningún buen ensayista o pensador, sin olvidar a los artistas plásticos, que no haya escrito algo sobre los colores. Y son muy raros los textos sobre teoría de los colores que no aludan a las banderas.

Como las banderas intentan comunicar entran también en la teoría de la comunicación. Pueden contener o contienen significados lingüísticos y son importantes para la semiología.

Tiene especial importancia la relación de los colores con los fonemas y con el lenguaje. No solo por los significados latentes, sino por un paradigma metodológico muy importante para la sociología, el Estructuralismo, que tuvo un origen lingüístico.

Empezando por los sonidos, en 1961 el aragonés Ramón Sender, en un ensayo sobre Valle Inclán («Valle Inclán y la dificultad de la tragedia», las Américas Publishing CO. Nueva York) hizo esta larga referencia, que vale la pena citar:

> ...Las palabras de Valle Inclán se transformaban también en color. (...) Hay vocales luminosas y vocales opacas. El escritor y sobre todo el poeta las eligen por su luminosidad de un modo inconsciente. (...) la vocal más luminosa es la a. Si es la más luminosa, será también una vocal blanca ya que es ese color el que refracta más cantidad de luz, mientras que el negro, el rojo, el verde oscuro la absorben (incidentalmente en ninguna de estas palabras hay aes y en cambio las hay en los nombres de algunos colores que devuelven la luz: *amarillo, azul, malva, rosa*).

> (...) El sonido era en Valle Inclán subsidiario del color. La a en una vocal blanca (...) Los nombres de los metales, hierro, plomo y bronce no tienen aes: son metales oscuros. Oro y cobre, metales rojizos, tampoco. Pero plata sí. Otros ejemplos a mano: el pelo negro al hacerse blanco se convierte en *cana*, con dos aes. La noche y el nocturno no tienen aes, pero sí la *aurora, la alborada, y la mañana*. La tarde todavía tiene una a, pero al marcharse la luz es el *crepúsculo* en el que desaparece. (...) El color de las vocales es más importante que el sonido.
>
> Hay junto a la vocal blanca y luminosa una calificación moral. La harina, la masa, el pan, la hogaza tienen muchas aes. Es alimento bueno y sin malicia. Lo contrario es el veneno, el tósigo, el bebedizo, el filtro (todos sin aes). (...) El lino no es blanco pero son la camisa y sobre todo la sábana y la almohada. (...) hay almohadas que no son blancas, porque entonces se llaman cojines, sin la a. Lo más blanco de los mares es el nácar (con dos aes).
>
> Algunas cosas blancas no tienen a en el sustantivo, pero la tienen en el adjetivo o en el participio (...) Por ejemplo: leche, es sin a. Pero *vía láctea* […] *nata, cuajada*. Nieve tampoco la tiene, pero la adquiere en *nevada, helada, glaciar, escarcha, rosada*.
>
> ... De las flores, la única absolutamente blanca es el azahar, con tres aes. (...) La pureza tiene una graciosa anfibología: *Cándida*, nombre latino de lo blanco. *Vida*, una. *Muerte*, ninguna. Claro, una. Confuso, ninguna.

En *Las formas ocultas de la propaganda*, Vance Packard narra los ensayos que inicialmente se hicieron para experimentar cuál de los colores sería mejor para vender detergentes. Es fácil entregar el mismo detergente en una caja blanca y en otra amarilla. Se regalan a una muestra de la clientela y después de haber utilizado el detergente se pregunta cuál había lavado mejor. Las respuestas indican que con el amarillo la ropa sale poco blanca. Sin embargo, cuando se mezclaban colores en la caja aumentaba la blancura de la ropa. Una caja blanca, con un poco de azul lavaba mejor; y si se añadía el rojo, todavía mejor. Incluso un poco de amarillo en las letras de las cajas era también aceptado. Curiosamente la bandera de los Estados Unidos, donde investigaba Vance Packard lleva rojo, blanco y azul, como también las de Francia, Holanda, Inglaterra y muchas más. Entre los países de habla castellana tenemos con estos tres colores las banderas de Cuba, Chile, Costa Rica, Puerto Rico, Paraguay y bastantes más.

Abrahan Moles hizo una escala cromática del 0 al 12, atribuyendo a unos colores mayor proximidad a la realidad descriptiva y a otros mayor proximidad a la abstracción. Unos transcriben mejor y otros subliman mejor

Los colores tienen muchas connotaciones, es decir, factores no descriptivos, sino psicológicos, estéticos, simbólicos que afectan a las atribuciones subjetivas. La teoría de la *atribución causal* intenta comprender por qué un mismo hecho suscitaría interpretaciones tan dispares. Es un intento de ir más allá de la fenomenología clásica. Como la *percepción humana* puede estar contaminada por la experiencia de vida, la información, la pertenencia a determinados

grupos y a factores de la propia personalidad, igual que sucede con las actitudes sociales, los colores pueden afectar a lo cognitivo, a lo emocional y a lo reactivo, es decir, al comportamiento. Esta percepción es fundamental para la *teoría del prejuicio*.

Un ejemplo real de atribución: a una niña de 25 meses de edad se le enseñan unas banderas:

Adulto. *Mira, Julia, esta es la bandera de España*.
(La niña la contempla con interés y la toca)
Adulto. *Y esta es la de Aragón*.
(Vuelve a mirarla y a tocarla)
Adulto. *Y esta la de Europa*.
(La niña, ya disgustada, responde:)
Niña. *¿Y cuál es la mía?*

Para la niña Julia, que no sabe nada de lo que puedan significar las instituciones políticas, lo importante de su percepción es que se trataba de algo interesante; pero que no era suyo. Tal vez del señor España, o del señor Aragón o de la señorita Europa.

La reacción del adulto fue decirle, *la que tú quieras*. A lo que la niña respondió, señalando a la europea: *Esta, que tiene más estrellas*.

En muchas ocasiones se ha intentado elegir democráticamente, por participación interactiva, los colores y el diseño de una bandera. El ejemplo de Canadá, en 1965, es posiblemente el más conocido. Recientemente se han hecho algunas páginas Web para elegir una bandera que representase a todo el mundo. La bandera del mundo. Lo cual ha dado lugar no solo a diversos diseños, sino a críticas y comentarios de gran interés.

También se han hecho consultas públicas sobre «¿Cuál es la bandera más bonita del mundo?». Y en este caso se ha dado pie a toda clase de etnocentrismos, *chauvinismos*, manifestaciones racistas e insultos muy ofensivos, junto a exaltaciones patrióticas.

Antes de comentar las implicaciones morales atribuidas a los principales colores heráldicos conviene hacer algunos comentarios sobre dichas experiencias: a la página «Elige la bandera del mundo» (http://www.noteo.com/elige-la-bandera-del.mundo-14908) entraron 15.888 veces. Se buscaba algo que representara a todos «sin importar raza, color, religión o sexo». Y se enviaron más de mil diseños, y los jueces de la propia Web seleccionaron 32, con los que se hizo una retroacción controlada, siguiendo un criterio como el del método *Delfos*. Los diseños finalistas procedían de Alemania, Australia, Bélgica, Canadá, Colombia, España, Estados Unidos, La India, Portugal y Turquía. En una segunda retroacción se incluyeron en la Web las imágenes de a) la más votada; b) la menos votada; c) la más fea; d) La más ortodoxa; e) La menos apropiada; y e) la que se propone desde la Web. Luego se solicitaron comentarios: *¿Y tú,*

qué opinas? Los comentarios han sido muy variados, pero fundamentalmente pueden clasificarse en las siguientes categorías:

- Críticas generales a la idea («¿Qué valor tendrá universalmente una bandera creada por una institución privada?». «…la bandera del mundo es otra chorrada más», etc.).
- Propuestas de otras alternativas («...la bandera debe ser la vida». «mejor una bandera roja con estrellas y los colores de los países en los bordes», «mejor la que usan en Futurama», «La de las Naciones Unidas», etc.)
- Las opiniones patrióticas o xenófobas («La única bandera bonita que existe en la de mi amado país, España», «La foto de la tierra enfoca a USA, lo que daría como imagen que todos somos de ahí, no me gusta», «Fíjense qué país está al centro, México. Se siente bien ver a tu país, me gusta»).
- Las referencias estéticas no argumentadas («Me gustó la banderita simplecilla», «la verde cielo»).

En general, las cuestiones estéticas despertaron poco interés. Más las cognitivas o emocionales.

Mayor interés tiene constatar lo que ha interesado a las instituciones oficiales, las nacionales, que en su momento decidieron, aceptaron y han mantenido las banderas concretas. El diseñador gráfico Shahee Ilyas sumó las proporciones de cada color en cada bandera. Lo hizo con las de 203 países. El resultado de todos los porcentajes ha sido el siguiente (figura I). En esta imagen se aprecia un predominio de tres colores: en primer lugar el blanco, seguido muy de cerca por el rojo y después el azul. El verde y el amarillo serían menos frecuentes. Excepto en lo que afecta al blanco, que es uniforme, en las banderas del mundo hay una especie de escala cromática de los restantes.

Conviene pues dedicar un tiempo a esos tres colores. Empezando por el blanco. Para la teoría del color, la importancia del *blanco*, aparte del hecho de que refleja más la luz, estaría en que es el que sirve mejor para contrastar el resto de los colores, fenomenológicamente se han atribuido al blanco una serie de significados positivos relacionados con la pureza, la castidad, el candor, la inocencia. La apertura, así como el reflejo del infinito se han asociado también al blanco. Su opuesto, el *negro* y toda la gama de grises también tendrían implicaciones: el negro refleja misterio, miedo. Puede ser maligno aunque también elegante y portador de nobleza. El luto, tanto negro como gris, indicaría tristeza y luto. El carácter neutro del gris se ha asociado con la indecisión, la mediocridad, las dudas.

El *rojo*, se ha atribuido a la pasión, a la vitalidad, energía. Al ser el color de la sangre y al formar parte del color del fuego y del sol, implicaría también virilidad, sexualidad, violencia, energía, erotismo. Se ha relacionado con la

guerra y la violencia, la agresividad, el peligro (la bandera roja en las playas indica peligro).

El *azul* es un color frío. Es el que se ve en el mar y en el cielo y las contradicciones de la naturaleza se manifiestan en él. La calma, la serenidad, profundidad, tempestades, avances y retrocesos. Necesita de un color cálido, como el *amarillo*, para producir el verde, que aumentaría la placidez y el relajamiento.

Estas cualidades, sobre las que parece haber un cierto consenso universal, bastarían para interpretar que las decisiones sobre algo tan representativo de las culturas, como son las banderas, bastaría para justificar el origen de cada una de ellas en las cualidades de sus colores; y en la cantidad de cada uno de ellos. No obstante, de ser cierta esta interpretación, tendría tantas excepciones que constantemente habría que interpretar una causa y la contraria.

Con un enfoque dialéctico habría que empezar por la creencia de que cualquier proposición tendría que enfrentarse con el hecho de que la verdad podría ser justo la contraria. Si además de la dialéctica se cree en la Fenomenología habría que convenir que incluso en una misma persona la variación de estados de ánimo produciría atribuciones diferentes. Independientemente de que el hecho objetivo de la unicidad (todos somos distintos de nuestros ancestros, de nuestros descendientes y de quienes están viviendo en la misma época) hace que los efectos, en este caso las banderas, no tengan una causa, sino varias. También para la Dialéctica la presencia del azar en el mundo físico, en el orgánico y en el relacional existe. Y bastaría el azar para justificar las excepciones teóricas. Es decir, las mismas sociedades pueden producir unas banderas u otras, en función de la cultura, el azar y el libre albedrío. La hipótesis de que alguien perteneciendo a un grupo dominante proponga un tipo de bandera, con el o los colores de su preferencia personal, y los demás lo acepten, voluntariamente o coaccionados de alguna manera, sigue siendo una hipótesis válida.

Es más apropiado, si queremos entender el objeto de la vexilología, pensar en para qué sirven. Y esto introduce el problema del simbolismo. Esas telas coloreadas, además de objetos atractivos estéticamente, son elementos integradores, a veces muy coactivos; y son símbolos de algo.

Max Weber, en su *Economía y Sociedad* introduce una frase lapidaria para justificar la idea:

> ... Por eso se toleran más fácilmente las grandes contradicciones en las apreciaciones puramente dogmáticas, incluso dentro de las religiones racionalistas, que cambios en el simbolismo, los cuales podrían poner en peligro la acción mágica del acto –en la nueva concepción que trae el simbolismo– hasta podrían despertar la cólera del dios o de las almas de los antepasados, (1922, publicación póstuma en alemán. La cita es de la página 332, de la edición en castellano, del Fondo de Cultura Económica).

Tuve la oportunidad de presenciar el discurso de Santiago Carrillo en el que, al comienzo de la Transición española a la Democracia, pedía a la militan-

cia de su partido la aceptación de la bandera de los dos colores, y la renuncia a la de los tres de la bandera republicana. Su argumento principal era que no valía la pena que un país se arriesgara a una confrontación por una cuestión de banderas. Y también presencié las controversias que produjo su propuesta. Y las protestas que generó. Realmente, para muchas personas la renuncia a lo simbólico llega a transformar la relación con lo simbolizado. Independientemente de la carga histórica que pesa sobre los españoles por no haber superado plenamente ese problema.

En efecto, una de las funciones de las banderas sería la de simbolizar a una colectividad más o menos arraigada; otra la de integrar a sus ciudadanos; pero inmediatamente estaría la de contribuir a estabilizar unas creencias, unos valores y unas relaciones que sin ellas habría un temor a perderlas.

A ser posible hay que mantener el privilegiado símbolo sin alterarlo. En sus referencias musicales, también es de Max Weber la siguiente afirmación: «Cantar desentonado en las danzas rituales de los magos indios llevaba consigo la muerte inmediata del culpable, para conjurar el maleficio o la cólera de Dios» (Id. 332). Las banderas formarían parte de un ritual simbólico permanente referido a un país. No pueden modificarse.

Siguiendo la *Teoría de los objetos*, de Abraham Moles, ante el problema de la proximidad o alejamiento de los mismos habría que convenir que las banderas estarían, junto a las bragas, los calzones, la cazuela y la cuchara, entre los objetos más próximos. En otra conferencia dada en este mismo curso de *Emblemática*, en años anteriores, tuve la oportunidad de comentar la tesis de Norbert Elias sobre las *valencias afectivas* de los humanos, que normalmente se suelen anclar en otras personas; pero que también en ciertas convenciones simbólicas muy arraigadas, como la bandera o el himno nacional suelen ser objetos de anclaje afectivo intenso.

La tesis sobre el origen de las banderas en las necesidades guerreras habría que revisarla a la vista de lo señalado anteriormente. Esta tesis resulta hoy muy matizada y ampliada en los textos rigurosos de vexilología, pero sigue siendo la imperante en la mayoría de los manuales y de artículos sobre Historia de las banderas.

Con criterios semiológicos habría que partir de la calidad de mensaje que las banderas tienen. La idea de que todo mensaje es deficiente en su punto de partida, que dice menos de lo que tenía que decir o que quería decir; pero toda recepción es exuberante, da a entender más e incluso diferente de lo que decía, procede de Ortega y Gasset, y fue estudiada por Eugenio Frutos Cortés, en su Sociología de Ortega. Es fundamental en la teoría de la comunicación y debería serlo también en la vexilología. El efecto X, en este caso el objeto bandera y la intencionalidad del mismo, no ha tenido una causa Y, sino varias, Y1, Y2, Y3, etc. Este hecho se comparte con el resto de los elementos de las ciencias sociales. No suelen proceder de una sola causa y además, una causa cualquiera

puede tener múltiples efectos, X1, X2, X3. En otras palabras, la bandera, como todo signo en semiología resulta ambiguo.

Hay un repertorio abierto de circunstancias que concurren para su génesis. Por dar algunas:

- La peculiaridad de que los animales humanos sean o no gregarios, tengan o no un interés mayor o menor por lo colectivo.
- Que sean o no animales territoriales. Necesitados de defender y a veces ampliar un territorio.
- Que entre sus motivaciones naturales esté la de su identidad.
- Que, por lo que respecta a las peculiaridades guerreras, además de la agresividad natural se haya desarrollado culturalmente la pugnacidad, es decir, la violencia organizada, ya sea defensiva o agresiva.
- Y que en la variable orden vs. complejidad se haya desarrollado suficientemente la idea de orden. Salvo que esta idea de orden haya estado genéticamente marcada. Debate que todavía no estaría resuelto.

Gregarismo, territorialidad, identidad, pugnacidad y sentido del orden, como mínimo, serían causas de estos signos-mensaje. Y para que cualquiera de estas causas pueda ser calificada como natural haría falta que cumpliera los requisitos de universalidad, que se haya dado siempre y que se dé en todas las sociedades; en segundo lugar que exista algún precedente animal, puesto que los humanos somos animales, de la construcción de banderas; y que biológicamente haya algo en nuestra anatomía que justifique la funcionalidad de estos signos para la supervivencia. No parece haber dudas sobre la territorialidad, la identidad, la agresividad y, al menos para la teoría del caos, el sentido de orden, pero sí habría excepciones en el caso del gregarismo (sigue habiendo en las selvas africanas y en las del río Amazonas grupos atomistas que no suelen sobrepasar de una familia), y el de la pugnacidad (desde las teorías freudianas sobre eros y tanatos, como impulsos de vida y muerte, y el debate sobre si sería genético o no el tanatos colectivo, en el que Freud creyó, en la famosa carta a Einstein sobre la humanidad que se destruiría a sí misma, el debate no ha sido tampoco resuelto). La experiencia histórica registrada de grupos inuit, esquimales, que no habían conocido la existencia de guerras hasta que llegaron los europeos, estaría también en contra de la pugnacidad como motivación natural.

Sin estas causas las tesis sobre el origen bélico de las banderas supondría un reduccionismo poco científico. Rafael Domínguez Hernández, por dar un ejemplo, sustenta esta teoría en «El origen de la bandera como un símbolo militar» (*Centro de Estudios Históricos de las bandas de guerra en México, 13 de noviembre de 2012*), si bien añade a las causas la realización de ritos de culto y honores que, resulta cierto, hoy se realizan fundamentalmente, aunque no únicamente, en el contexto militar:

> Es lógico suponer que esta (la bandera) apareciera con la primera tribu o pueblo que hiciese la guerra, sin embargo, también se supone que fue algo que se utilizó para reunir a los miembros de una comunidad y, posteriormente, para la reunión de los guerreros dispersos.

En el repertorio que cita Domínguez Hernández, casi siempre se estaría asociando el carácter militar con el religioso, aunque la religiosidad se fuera perdiendo según las épocas. Deidades animales en las enseñas en Egipto, en Asiria (la paloma), en Grecia (la lechuza de Atenea, luego Minerva). Si los macedonios utilizaron la maza como garrote es porque representaba a Hércules; los armenios utilizaron el león, los persas el águila con las alas desplegadas, los cartagineses la cabeza de un caballo, los galos, el gallo; el águila de plata para los romanos, posiblemente a partir de Cayo Mario. El dragón en tiempos de Aureliano. En el repertorio de Domínguez Hernández figuran, aparte de los animales, el «alfa» de los lacedemonios, la hoja de sable, de los partos, haces de mieses en la Roma primitiva, sustituida después por las efigies de Rómulo y Remo. La aparición de banderas abstractas empezaría con el *vexilium*, una tela cuadrada roja colgada de un asta.

Cuestiones tan importantes como «la bandera objeto de veneración» (con connotación religiosa como símbolo sagrado), la «lealtad a la bandera» (de clara vocación militar), el «honor a la bandera» (como respeto a los que murieron defendiéndola) y el prestigio de ser abanderado (cuestión de status, en el sentido weberiano), proceden de una socialización cultural, dudosamente relacionable con motivaciones espontáneas naturales.